

Elocuencia y suspicacia. La seducción de la opinión pública en torno a la Revolución francesa

IÑAKI IRIARTE LÓPEZ
EHU / UPV

RETÓRICA Y ELOCUENCIA EN LA RECTA FINAL DEL ANTIGUO RÉGIMEN

EN su conocido ensayo de 1977, *Teorías del Símbolo*, Tzvetan Todorov¹ señalaba un largo proceso de decadencia de la retórica de cerca de 2.000 años de antigüedad, desde que la crisis del sistema republicano romano le privara de un auténtico poder político. En torno al final del Antiguo Régimen se produciría, según el mismo autor, el «canto del cisne» de la retórica, marcado, por un lado, por la publicación del *Tropes* de Du Marsais en 1730 y, por el otro, por la última actualización del *Manual clásico* de Fontanier en 1830. No obstante la importancia de estas obras, cabría hablar, según el propio Todorov, de una «desaparición» de la retórica «desde el siglo XIX».

Resulta difícil y controvertido confirmar estas teorías. En realidad, desde finales del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII ve la luz una cantidad apreciable de manuales de retórica que, aunque carentes de la importancia del trabajo de Du Marsais, atestiguan, cuando menos, el interés de esta época por el «arte de bien hablar». Entre ellos cabría citar *L'Art de Parler* (1675) de Lamy, el *Traité philosophique et pratique d'éloquence* (1728) de Buffier, la *Rhétorique, ou Regles de l'éloquence* (1730-1731) de Gibert, el *Pequeño tratado de retórica* (1743) y la *Retórica general* (1748) de Lomonosow, *L'Art oratoire réduit en exemples* (1755) de Gérard de Bénat, la *Rhétorique Française* (1765) de Crevier, los *Principes d'éloquence* (1785) de Maury, las *Lectures on Rethoric and belles lettres* (1783) de Hugh Blair (tan influyentes en España), etc. Junto esta serie de obras habría que señalar otro buen número de textos que reflexionan en torno al estatuto y las perspectivas de la retórica o la elocuencia: las *Réflexions sur l'usage de l'éloquence de ce temps* (1671) de R. Rapin, el *L'Éloquence de la chaire et du barreau* (1689) de Bretteville, la *Défense de l'éloquence du barreau* (1698) de D'Aguesseau, el *Traité de l'art*

¹ T. Todorov, *Teorías del símbolo*, Monte Ávila, Caracas, 1991, capítulos 2 y 3.

de persuader (1698) de Lelevel, los *Dialogues sur l'éloquence* (1718) de Fénelon, las *Réflexions sur la rhétorique* (1705) y el *Jugement des savans sur les auteurs qui ont traité de la Rhétorique* (1725) de Gilbert, el *Discours sur la predication* (1733) de C. Fleury, *Of Eloquence* (1742) de Hume, el *Connaissance des beautés et des défauts de la poésie et de l'éloquence* (1749) de Voltaire, el *Essai sur les éloges* (1773) de Thomas, que se analiza más adelante, el *Lycée* (1799) de La Harpe, el *Essai sur l'éloquence de chaire* (1810) de Maury, etc.². A esta somera lista, que desde luego no refleja todo el movimiento intelectual y literario habido en torno a la retórica, se añadiría la reedición durante el período de los autores clásicos más destacados sobre el tema (Aristóteles, Cicerón, Tácito, Quintiliano, etc.). Durante el siglo XIX este interés por la retórica no disminuirá, hasta el punto de que estudiosos como Douay-Soublin han creído entrever un verdadero «renacimiento» de la misma a lo largo de esta época³. Sea atinada o no esta impresión lo cierto es que la retórica parece haber gozado de una sorprendente vitalidad, dado ese supuesto «estado de coma» diagnosticado por Todorov.

En cualquier caso es cierto que, como argumenta en apoyo de sus tesis éste último, diferentes voces coinciden desde finales del XVII y a lo largo del XVIII en criticar «el arte de la oratoria» como disfraz del pensamiento, cárcel del estilo, frío ejercicio de hipocresía, fatigoso parloteo, etc. Son conocidos, a este respecto, los reproches vertidos por Locke en su *An Essay concerning human Understanding* (1690), donde tilda a la retórica de «poderoso instrumento de error y engaño» cuyo único fin estribaría en «insinuar falsas ideas en el espíritu, para conmover las pasiones y seducir por el juicio»⁴. En la *Crítica del Juicio* (1790), Kant repetirá críticas muy similares, describiéndola como «arte engañoso» que «procura conducir a los hombres como máquinas», que se sirve «de las flaquezas de los hombres para sus propios fines» y que «no es digno del menor respeto». También la Ilustración francesa se sumaría a este menosprecio de la oratoria. De este modo, aunque el artículo «Retórica» de la *Encyclopedie*⁵ adopta un tono neutro, li-

² Puede verse una panorámica en torno al estado de la retórica hasta el XVII en M. Fumaroli, *L'Âge de l'éloquence. Rhétorique et «res literaria» de la renaissance au seuil de l'époque classique*, Droz, Genève, 2002. Véase también las voces «Rhétorique» debida a P. Brasart y «Éloquence», de S. Pujol en M. Delon (dir.), *Dictionnaire européen des lumières*, P. U. de France, 1997.

³ F. Douay-Soublin, «Y a-t-il une renaissance de la rhétorique en France au XIXème siècle?», en S. Ijsseling y G. Vervaecke, *Renaissances of Rhetoric. Actes du Colloque de Kortrijk*, 1993, Leuven U. P., 1994.

⁴ Citado en Todorov, ob. cit., pág. 95.

⁵ D'Alembert y Diderot, *Encyclopédie*, edición facsímil de F. M. Ricci, 18 volúmenes.

mitándose prácticamente a citar algunos pasajes del prefacio del *Art de parler* de Lamy, D'Alembert carga las tintas contra ella en el «Discours preliminaire» y el artículo «Collége» de la misma. En el primero de dichos textos, en concreto, la tacha de «ridícula» e «inútil», amén de arte de «ahogar bajo dos hojas de verborrea aquello que se podría y se debería decir en dos líneas». En lo que respecta al artículo citado, D'Alembert, al tiempo que enfatiza el poder del hombre elocuente para seducir «a toda una Nación», niega que esta facultad sea susceptible de enseñarse a partir de una serie de preceptos. No es un arte, afirma, sino un talento, «un don de la naturaleza». Quienes han creído poder reducir esa habilidad a unas determinadas reglas se equivocan de parte a parte. Por esta razón, esas «pedantes puerilidades que se honran con el nombre de retórica» son, a su entender, absolutamente inútiles. Estos comentarios despectivos, en definitiva, equivaldrían a proclamar el carácter superfluo de los manuales de oratoria. En una línea similar, Rousseau, por su parte, pone los orígenes de la elocuencia en la ambición, el odio, la adulación y la mentira⁶.

A primera vista, por tanto, se diría que tanto la ilustración inglesa, como la alemana y la francesa, coinciden en desconfiar del «ars bene dicendi», cuando menos en sus formulaciones más tradicionales. En cierto modo esto parecería confirmar las tesis de Todorov en torno a su decadencia.

Sin embargo, es preciso añadir algunos elementos para comprender mejor el alcance del ataque ilustrado a la retórica. De entrada hay que remarcar que se ubica dentro de una crítica general al lenguaje que va mucho más allá de la Ilustración. Muchos autores, racionalistas y empiristas, escépticos y escolásticos, ilustrados y reaccionarios, abundarán en el tópico del abuso de las palabras y la incapacidad de la mayoría o la totalidad de las lenguas naturales para llevar a cabo una comunicación sin sombras (es decir, sin equívocos, prejuicios, ambigüedades, etc). Dentro de esta corriente habría que situar no sólo los diversos proyectos de lenguas perfectas o transparentes —como los de Wilkins y Leibniz—, sino también la redacción de diccionarios académicos que recogieran el verdadero «querer-decir» de las palabras.

Por otro lado es necesario recordar la distinción, relativamente habitual en la época, aunque débil y poco consistente desde el punto de vista teórico, entre «retórica» y «elocuencia». En principio, y según se deduce de la propia *Encyclopedie* (voz «Rhétorique»), la diferencia sería bastante limitada. Así, leemos que «la retórica es a la elocuencia lo que la teoría a la práctica». El retor, por tanto, daría

⁶ «Discurso sobre las ciencias y las artes», LIBSA, Madrid, 2001, pág. 35.

las reglas del bien decir, mientras que el orador u *homme éloquent* las aplicaría. Ahora bien, algunos autores llevarán la diferencia más allá, hasta el punto de llegar a insinuar la elocuencia como una verdadera anti-retórica. Así, según Voltaire⁷, la elocuencia parte del sentimiento, de las pasiones, es sencilla («sans fard et sans artifice»), clara, natural, económica, libre. Por este motivo, tiene verdadera «fuerza». El mismo Kant parece acercarse a esta distinción cuando exceptúa al estilo y la elocuencia, entendida como «arte del bien decir», de sus críticas a la retórica. Así, frente al carácter engañoso, pródigo e hipócrita de ésta última, se destacaría una elocuencia a la que se otorga un verdadero poder, una suerte de energía, para mostrar la verdad, emocionar y comprometer a los oyentes.

En torno a estas diferencias entre retórica y elocuencia resulta interesante acudir de nuevo al «Discours préliminaire» de la *Encyclopedie*. Allí leemos que mientras la primera compone un catálogo de reglas, la segunda carece de ellas. Para ser elocuente basta con que el autor esté «profundamente imbuído de su tema». Sentir lo que se dice, sentir «vivement» «y decir todo lo que deseas, he ahí todas las reglas de la elocuencia propiamente dicha». A lo sumo, añade D'Alembert, puede enseñarse la dicción (la *elocutio*) pero en cuanto al «style», como hemos visto, no se enseña.

El contraste entre el carácter sentimental y espontáneo de la elocuencia y el tono frío y erudito de la retórica vuelve comprensible la extraña declaración de Madame de Staël cuando, en su ensayo *De la littérature*⁸, afirma la veracidad de todo acto de elocuencia. Esta declaración, en efecto, resulta en principio chocante. ¿Cómo puede la elocuencia recibir esa credibilidad cuando la retórica es tantas veces descrita como una práctica hipócrita? La clave está en el sentimiento. Porque la elocuencia parte precisamente de ahí, se basa en el amor, el odio, la indignación, el miedo, etc. Y como expresión de un sentimiento siempre resulta verdadera. En consecuencia con esto a menudo se mencionarán como rasgos de una «buena elocuencia» la fuerza, la energía, la pasión, etc. «El entusiasmo», escribirá un joven Turgot, «vale más que todos los maestros de retórica».

De esta forma, si bien es cierto que las críticas a la retórica son muy generalizadas, es también general la reivindicación de una «verdadera elocuencia», económica, sencilla, auténtica expresión de los sentimientos y las ideas. Frente al trivial, pomposo y vacío decir sin decir nada, el decir hipócrita de la adulación, se reclama un discurso llano, directo y sincero, rebotante de sentido.

⁷ Voltaire, «Éloquence», *Encyclopedie*, ob. cit.

⁸ Citado en S. Pujol, ob. cit., pág. 385.

La disparidad entre este menosprecio de la retórica y la exaltación de la elocuencia podría sugerir la pertenencia de cada una de ellas a ámbitos político-culturales rivales. Así, mientras la primera se situaría en lo que conocemos como «Antiguo Régimen», la segunda se ubicaría en ese nuevo orden de cosas que, prefigurado por la Ilustración, se implanta con la Revolución francesa. Según esto podría creerse que el agotamiento de la vieja retórica y su sustitución por la «nueva» elocuencia servirían de prelude *literario* a la caída del absolutismo y el paralelo surgimiento de esa «lengua política inédita» de la que han hablado Furet y Halévi⁹. Esta parece ser la tesis que insinúa S. Pujol cuando afirma que mientras en la Constituyente domina todavía un modelo de discurso tradicional, en la Legislativa –y sobre todo en la Montaña– se abandona la «rhétorique d'apparat» en favor de una nueva forma de oratoria más ardiente y comprometida.

Esta visión de las cosas se vería respaldada por el desmarque de los políticos y escritores revolucionarios respecto a la retórica y el lenguaje precedentes. Dumoriez, por ejemplo, rechaza dirigirse al rey con el educado lenguaje cortesano y declara que siempre le hablará «el lenguaje de la libertad». Saint Beuve deplora las redundancias y la «érudition indigeste et hative» del realista Maury. Barnave, conectando con la temática ilustrada, denuncia en la Asamblea el «abuso que la monarquía hace de la palabra». Según el crítico Louis de Cormenin, las grandes virtudes de la retórica de Mirabeau, «Dios de la elocuencia»¹⁰, son la claridad y el entusiasmo. Precisamente el doble reproche del crítico de signo contrario Pierre-Sébastien Laurentie a la «elocuencia política» de los revolucionarios consiste, por un lado, en el exceso de pasión y, por otro, en la ausencia de reglas y orden¹¹. Confirmando en cierta medida estas impresiones el futuro revolucionario Louis Sebastian Mercier, que según Habermas es el primero en captar el sentido estricto de opinión pública¹², había afirmado que el escritor solo resulta verdaderamente interesante cuando es irregular, esto es, cuando es novedoso, cuando no se atiene a unas normas preestablecidas e invariablemente repetidas por todos. Este mismo autor había lanzado duras pullas contra la retórica oficial en su *Tableau*

⁹ F. Furet y R. Halévi, «Introduction» a *Orateurs de la Révolution française. I Les Constituants*, Gallimard, Paris, 1989, pág. LVIII.

¹⁰ Timon [Louis de Cormenin], *Livre des orateurs*, Pagnerre, 1842, págs. 186 y sigs.

¹¹ P. S. Laurentie, *De l'éloquence politique et de son influence dans les gouvernements populaires et représentatifs*, Paris, 1819. Cap. VIII y IX «De l'éloquence politique dans les assemblées de la révolution».

¹² J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, 1982, Barcelona, pág. 130.

de Paris (1780). Elogios, «absurdas» oraciones fúnebres, panegíricos, etc. Hay «miles de profesores de elocuencia y ni un solo profesor elocuente; miles de retores y ni un solo buen retórico»¹³. Como D'Alembert, pero con una terminología diferente, Mercier parece distinguir entre una oratoria buena y otra mala. Y ésta es, precisamente, la que domina entre las clases altas. «El arte de hablar remplace la elocuencia, y se trata de algo muy diferente. Todo se hace por la intriga». En este mismo contexto de crítica a los viejos lenguajes y estilo del Antiguo Régimen habría que ubicar iniciativas, a las que me referiré más adelante, como la reforma lingüística propuesta por «C.B. homme libre» y la «Société des amateurs de la langue française» de Domergue. Este último condena explícitamente «la stérile verboté du Palais»¹⁴. Parecería, en definitiva, que el viejo retor, el orador sagrado, el aburrido autor de panegíricos interminables y de elogios desmesurados a la aristocracia, es sustituido por un nuevo orador político, dominado por una elocuencia apasionada y nueva. Además, mientras el viejo retor habla desde el púlpito o el estrado a públicos que nunca van a interrumpirle, el nuevo orador político va a tener que dialogar con su auditorio, que responder a las objeciones que se le hagan en la Asamblea. Esta última circunstancia, podríamos pensar, habría habituado a la elocuencia revolucionaria al combate dialéctico y, en definitiva, a articulaciones y formas de expresión mucho más ágiles, punzantes y animadas.

Con todo, conviene ser prudente a la hora de juzgar el alcance y el significado de estos testimonios. En primer lugar la citada distinción entre retórica y elocuencia, aunque frecuente, es, como he adelantado, poco consistente. Locke, por ejemplo, parece considerarlas sinónimas. La propia *Encyclopedie* evidencia también la dificultad de separarlas cuando, citando a Lamy, define retórica como «arte de hablar sobre el tema que sea con elocuencia y con fuerza», añadiendo que «otros la definen como arte de hablar bien, *ars bene dicendi*; pero [que], como destaca el padre Lamy [...] es suficiente definirla con *arte de hablar*»¹⁵. Esta intimidad entre retórica y elocuencia produce que en ocasiones se dirijan a la se-

¹³ L. S. Mercier, *Tableau de Paris*, tomo 2, Amsterdam, 1782, pág. 177.

¹⁴ Citado en J. Guilhaumou, *L'avènement des porte-parole de la République (1789-1792)*, Septentrion P. U., Villeneuve-d'Ascq, 1998, pág. 183.

¹⁵ El artículo también hace referencia a una acepción más amplia del término que englobaría «todo lo que en francés se llaman *belles-lettres*, y en latín y griego *philologie*». Con todo, se deduce, en este y en otros textos, el carácter secundario de dicha acepción. Así, el artículo «retórica» de la *Encyclopaedia Britannica* (Edimburgo, 1771), seis años posterior al de la francesa y que se inspira notablemente en ella, define retórica simplemente como «the art of speaking copiously on any subject, with all the advantage of beauty and force», desentendiéndose por tanto de la segunda acepción.

gunda las acusaciones que se vertían contra la primera. Así, Condorcet descalifica duramente a la elocuencia como «el germen de una corrupción destructiva»: las cosas, señala, importan por encima de las palabras, la ciencia está por encima de la frívola literatura, el estilo sobra¹⁶. En definitiva, la distinción entre retórica y elocuencia resulta tan poco clara que parece adecuado hablar de ambas como un todo.

En segundo lugar es necesario destacar que el ataque a la retórica precedente constituía un lugar común no sólo entre los enciclopedistas, sino también entre autores muy poco tentados por las Luces. El «hablar por hablar» hueró y enrevesado se vinculaba, por un lado, con el conceptismo del barroco y, por el otro, con los prólijos manuales de figuras y tropos. En lo que se refiere al primer elemento, la teoría barroca del ingenio (formulada por autores como Tesauro, Sforza, Pallavicino) se había basado en una inversión de la máxima aristotélica según la cual la metáfora no debía unir elementos excesivamente lejanos. Conforme a dicha inversión, se impone la idea del «oximorón permanente» de Eugenio Montale, de la «agudeza» de nuestro Gracián, como medida del buen gusto. Se tratará, en definitiva, de conectar paradójicamente las cualidades y objetos más lejanos, provocando el desconcierto del oyente. En lo que se refiere a los manuales del barroco, cuya cumbre sería la citada obra de Du Marsais, este tipo de textos primaba la *elocutio*, es decir, la búsqueda efectista de imágenes, palabras y frases oportunas, por encima de las demás partes de la retórica (*pronunciatio*, *memoria*, *inventio* y *dispositio*, marginando muy especialmente esta última). De este modo, la mayoría de los manuales clásicos del xvii y el xviii ofrecen al lector un exhaustivo y fatigoso catálogo de especies retóricas (paromeosis, homeoptoton, antanaclasis, metalepsis, antífrasis, etc.), sin entrar apenas en cuestiones como la búsqueda de argumentos pertinentes o el examen de la estructura de las alocuciones¹⁷.

La crítica a esta forma de retórica o incluso, por extensión, a todo tipo de retórica o de elocuencia es, como digo, un lugar común en autores muy alejados de la Ilustración. Así, Montaigne hablando del «uso pernicioso» de la retórica da por buenas definiciones como «ciencia de persuadir al pueblo» y «arte de equivocar y de adular»¹⁸. Curiosamente, los ataques contra el excesivo ornato,

¹⁶ Condorcet, *Rapport sur l'organisation générale de l'Instruction publique: présenté à l'Assemblée nationale législative au nom du Comité d'Instruction publique*, 1792, pág. 474.

¹⁷ Grupo m, *Retórica general*, Barcelona, Paidós, 1987, págs. 194-195.

¹⁸ [M. de Montaigne], *Les Essais de Michel, Seigneur de Montaigne*, Paris, 1595, pág. 218.

la prolijidad, la repetición, las figuras y las comparaciones rebuscadas, etc., son especialmente frecuentes entre los autores religiosos más destacados del xvii y el xviii: Bossuet, Fleury, Bourdaloue, Massillons, Macaron, etc. Así, en sus discursos *Sobre el estilo y la eloqüencia de la Sagrada Escritura*¹⁹ y *Sobre el modo de predicar*²⁰, Fleury, uno de los predicadores más importantes de la primera mitad del xvii, califica a muchos de los sermones y muy particularmente de los panegíricos de la época como «inútiles», «despreciables» y «fastidiosos» a causa de su estilo artificial y su excesivo ornato. Además, Fleury, que desprecia «la verbosa pomposidad de los modernos»²¹, aplaude el «estilo claro y sencillo», las «comparaciones sensibles», «los pequeños adornos», la «amenidad», la «emoción y ternura»²², la «energía» y la «claridad» como valores de una verdadera elocuencia. En otra obra, los *Pensés sur la Décadence de la Poësie Latine en Europe*²³ el mismo autor exalta la variedad, el atractivo y la simplicidad de la «*vraie éloquence*». Otros tratadistas de finales del xvii y principios del xviii, como Gilbert, que denuncia al tipo de «*rhéteur ridicule*»²⁴, y Lelevel²⁵, abundarán en la distinción entre la verdadera elocuencia y su abuso, vinculando la primera con la sencillez, el sentimiento y la fuerza.

Entre estos testimonios de rechazo a lo que Muratori llamó «la demasía en los adornos» resultan especialmente sugestivas las opiniones expresadas por Fénélon en su discurso de recepción en la Academia de 1693. Al hilo del estado de la oratoria en su época, este autor afirmaba:

Desde que los sabios y juiciosos han retornado a las verdaderas reglas, ya no se abusa, como se hacía antaño del espíritu (*esprit*) y de la palabra; se ha adoptado un género de escritura más simple, más natural, más corto, más vigoroso, más preciso.

¹⁹ C. Fleury, *Discurso sobre el estilo y la eloqüencia de la Sagrada Escritura*, Madrid, 1780.

²⁰ A[bate] Fleury, *Discurso sobre el modo de predicar*, Madrid, 1779.

²¹ *Discurso sobre el estilo y la eloqüencia de la Sagrada Escritura*, Madrid, 1780, pág. 35.

²² *Discurso sobre el modo de predicar*, ob. cit., págs. 5-6.

²³ Recogido en P. Br. De la C. de J. [Pierre Brumoy], *Recueil de divers ouvrages en prose et en vers*, París, 1741.

²⁴ *De la véritable éloquence*, págs. 35-36. Bien es cierto que, no obstante, Bossuet se muestra muy comedido respecto a los defectos de los difuntos cuya vida glosa. Hace falta leer muy atentamente para entrever una crítica a las torpezas de la reina de Inglaterra, que costaron la cabeza a su marido. La misma precaución, tan poco sincera, se repite en otros elogios.

²⁵ M. Lelevel, *Philosophie moderne par demandes et par réponses... avec un traité de l'art de persuader*, Toulouse, 1698, passim, especialmente capítulo II «Abus de l'Éloquence. Ce qui fait le vrai & le faux Orateur».

No se concede importancia a las palabras más que para expresar toda la fuerza de los pensamientos; y no se admiten sino las ideas verdaderas, sólidas, concluyentes para el tema del que se trate. La erudición, antes tan fastuosa, no aparece sino por necesidad²⁶.

En esta misma línea, Fénélon subraya la importancia radical de la claridad y el sentimiento a la hora de convencer a un auditorio. «La pasión», señala, «es la dueña de la palabra».

Es cierto que, como la propia apología de la concisión y la sencillez denotan, es fácil encontrar numerosos ejemplos de sermones, elogios, panegíricos y otros discursos, que practican precisamente el estilo contrario. Por ejemplo, la respuesta del director de la Academia Bergeret al citado discurso de Fénélon o los rutinarios, aunque al parecer populares, discursos de recepción pronunciados por los miembros de la Academia²⁷. Con todo, el estilo de los grandes predicadores como Bossuet, Flechier o Fleury no tiene nada de frío, árido, pomposo, monótono o falto de energía.

En último lugar, conviene recordar que, si bien es cierto que, en principio, los oradores religiosos no deben enfrentarse a auditorios contestatarios, como les sucederá a los oradores políticos de la Revolución, la subsistencia durante el Antiguo Régimen de la oratoria forense, la existencia de polémicas y *quérrelles* (la célebre de los modernos y los antiguos, la de Fontaineblau, la de jesuitas y galicanos, etc.), además de los concursos académicos, permitieron la supervivencia de formas de elocuencia «de combate». Aunque no en la Asamblea ni en las calles, los retores del Antiguo Régimen también discutieron y fueron discutidos con dureza. En resumidas cuentas, la oratoria prerrevolucionaria dista mucho de constituir un cuerpo de largos, repetitivos y aburridos sermones, alejados del pueblo, carentes de fuerza y de energía por la falta de controversia pública.

²⁶ «Discours prononcé par M. L'Abbé de Fénélon pour sa réception a l'Académie Française», en *Dialogues sur l'Éloquence*, Limoges, pág. 11.

²⁷ Puede encontrarse una buena porción de pomposos discursos, arengas, elogios y panegíricos al rey en *Recueil des harangues prononcées par Messieurs de l'Académie Française*, dos tomos, Amsterdam, 1709. En torno a su supuesta popularidad véase la «Avertissement» del primer tomo. Respecto a los panegíricos religiosos, bastaría hojear algunos de ellos en colecciones como la de L'Abbé B***, *Panégryriques des Saints. Ouvres spirituelles*, Lyon, 1786.

EL AMBIGUO LUGAR DE LA ELOCUENCIA
EN EL *ESSAI SUR LES ÉLOGES* DE THOMAS

Aunque, como hemos visto en las páginas precedentes, la cuestión de la decadencia y muerte de la retórica/elocuencia, comprendidas como el arte de bien hablar, sea controvertida, lo cierto es que ambas son objeto de valoraciones ambiguas entre los autores previos a la Revolución. Por un lado se es consciente de la importancia de la palabra como vehículo de la predicación y signo de cultura. La misma noción de «bellas artes» gira a menudo, de hecho, en torno a la idea de retórica e incluso autores como Lamy, citados por la *Encyclopedie*, afirmarán sin ambages que «el arte de hablar es igualmente útil a los filósofos y a los matemáticos». Pero, simultáneamente, este reconocimiento del poder de la retórica no puede evitar que la palabra, el discurso elaborado, brillante, adornado, se torne sospechoso. Una y otra vez se censuran las vanidosas muestras de elocuencia precedentes, se apela a la sencillez, la simplicidad, la sinceridad, la fuerza. Se habla de una «fausse éloquence», que predica la mentira, contraponiéndola a una utópica «vraie éloquence», *ancilla* de la Verdad. En definitiva, se critica un tipo de oratoria al mismo tiempo que se idealiza otro. Pero sucede que, naturalmente, los límites entre ambas distan mucho de estar claros. Por ello, la distinción entre la *falsa* y la *verdadera elocuencia* no consigue disipar cierta sombra de desconfianza, de recelo, hacia todo discurso retórico, hacia toda demostración de «*bien parler*». La verbosidad complaciente, el «hablar por hablar», aparece como una lacra que nadie confiesa, que a menudo sólo se reprocha a retores indefinidos, pero que, como un fantasma, nunca deja de estar presente para acusar a toda muestra de oratoria. Cualquier gran orador puede revelarse, en un momento dado, como un charlatán. Y en consecuencia el *status* del hombre elocuente se habrá tornado confuso, oscilando entre la admiración y el aplauso públicos, por un lado, y las acusaciones de vacuidad y palabrería, por el otro.

Esta indeterminación y los problemas que ocasiona reciben un interesante tratamiento en una obra poco conocida hoy pero muy influyente en su época: el *Essai sur les Éloges*²⁸ de A. L. Thomas, publicado en 1773, es decir, dieciséis años antes del estallido revolucionario.

Antoine-Léonard Thomas había nacido en 1732 en Clermont-Ferrand. Profesor del Colegio Beauvais de París, se hace famoso

²⁸ Emplearé la edición de 1802 (Desessarts, París) recogida en los volúmenes 3-4 de *Oeuvres complètes de Thomas*. Disponible en Gallica.

en 1756 gracias a la refutación que escribe de Voltaire (*Réflexions philosophiques et littéraires sur le poème de la Religion naturelle*). Éste se vengará diciendo que, a causa de lo enrevesado del escrito de Thomas, habría que empezar a decir «gali-thomas» en lugar de «gali-mathias». Sin embargo, nuestro autor ganará el premio de elocuencia de la Academia francesa en 1759, 1760, 1761, 1763 y 1765. En 1767 Thomas ingresa en la misma, pronunciando para la ocasión un discurso que alcanzará una notoriedad considerable. La alocución, acerca «De l'homme de lettres considéré como citoyen»²⁹, representa bien el tipo de ilustración moderada –y en gran medida institucionalizada– defendida por Thomas. Así, abunda en tópicos como la defensa de las luces y la crítica a la superstición y la ignorancia. De hecho, llega a afirmar que «*on adore dans la loi la volonté generale*». Pero, a la vez, reivindica la existencia de «prejuicios útiles» que producen la grandeza de los pueblos y el surgimiento de la virtud. Además, ataca aquellas «máximas que arman a los pueblos contra los reyes, y a los reyes contra los pueblos». En lo que se refiere al argumento principal del discurso, básicamente nuestro autor considera que la función del hombre de letras consistiría en profundizar «*pour le bien public*» en esas ideas que la mayoría de los ciudadanos, a causa de sus actividades diarias, no puede alcanzar.

En 1770, poco después de que se prohibiera su *Éloge* a Marco Aurelio, Thomas pronuncia otro discurso donde, al parecer, cabía suponer una crítica a la política de Séguier, abogado general de París. Éste interpondrá una denuncia a consecuencias de la cual se prohibirá hablar en público a Thomas, librándose por poco de ser recluso en la Bastilla. Morirá, por último, en vísperas de la Revolución, en 1785, en el castillo de Oulins.

A lo largo del *Essai sur les éloges* Thomas lleva a cabo un minucioso examen del género desde la Antigüedad, no sólo entre los griegos y los romanos, sino también entre otros pueblos como los egipcios. Este análisis le da pie a una reflexión paralela sobre el lugar del elogio y, en general, de la elocuencia a finales del siglo xviii³⁰.

De acuerdo a su descripción, la elocuencia/retórica ocuparía un lugar un tanto paradójico en los albores de la Revolución. Por un lado, el siglo xviii ha sido aquél en que más elogios se han es-

²⁹ Puede encontrarse en la dirección http://www.academie-française.fr/immortels/discours_reception/thomas1.html

³⁰ Dada la longitud del *Éloge* de Thomas no llevaré a cabo un análisis ordenado del texto. Me centraré, por el contrario, en los que, a mi juicio, constituyen los argumentos más interesantes para el tema que nos ocupa.

crito («Le siècle des éloges», lo llama). Especialmente tras la muerte del Rey Sol tiene lugar una verdadera fiebre por el elogio. «Nunca se ha elogiado tanto: ha sido, por así decirlo, la enfermedad de la nación». Todo el mundo, dice Thomas, ha pugnado por parecer elocuente, a la menor ocasión, aunque no fuera oportuno. Como comenta jocosamente: «un abogado pleiteando por una casa o los límites de un jardín pretendía ser tan elocuente como Demóstenes llamando a la libertad a los griegos».

Pero al mismo tiempo la elocuencia es posiblemente el arte que menos ha avanzado a lo largo del siglo. No hay, dice Thomas, grandes oradores. En este punto repite la tradicional clasificación entre elocuencia de coro, barra y tribuna. Los oradores más importantes que ha producido el siglo pertenecerían a la primera forma, es decir, la religiosa: Bossuet, Flechier, etc. Pero pese a estas excepciones su estado general no es precisamente bueno. Thomas enumera los defectos más comunes de los predicadores de su tiempo: «afectaciones, exageraciones, remates ridículos, amontonamiento de metáforas, mezcla de lo profano y lo sagrado, citas eternas del griego, el latín y el hebreo, y un poco más de Ovidio o de Horacio que de los Padres de la Iglesia; en fin, multitud de ideas tomadas de los prejuicios de la época sobre la física, la historia natural, la astronomía, la astrología, la alquimia».

Respecto a la elocuencia de barra, a la jurídica, nuestro autor se muestra un tanto despectivo con ella, ventilándola con inusitada rapidez. Considera, en efecto, que, dadas sus características, este tipo de oratoria puede ser precisa, pero que siempre le faltará la «fuerza» necesaria para elevarse cuando se abordan temas generales.

Respecto al tercer tipo de elocuencia, la política, Thomas entiende que el sistema político no le deja existir: «no tenemos elocuencia política: nuestro gobierno y la forma de la constitución lo impiden». El único género de elocuencia política que ha podido desarrollarse son, precisamente, los elogios, esos elogios tan a menudo «o ridículos o aburridos, o viles o al menos demasiado inútiles a todo el mundo, excepto a aquel que los ha pagado».

El tema de la elocuencia política lleva a Thomas a analizar las diferencias existentes entre la retórica de la Antigüedad y la de su época. La comparación resulta tanto más interesante en cuanto que se sugiere como cuestión fundamental la presencia o ausencia de libertad³¹. Al decir de Thomas en las repúblicas de la antigüedad la elocuencia formaba parte de la propia constitución, del

³¹ «La elocuencia», escribe, «no es de esos frutos que nacen en todos los suelos y bajos todos los climas; necesita ser calentada y alimentada por la libertad». Cap. 28, pág. 26.

propio Estado³². Puesto que la política gira en torno a los debates de las asambleas, el poder de la oratoria era absoluto. «Era ella quien dirigía, quien abolía las leyes, quien decidía la guerra, quien hacía marchar los ejércitos, quien conducía a los ciudadanos en los campos de batalla, quien consagraba sus cenizas cuando habían muerto en combate; era ella quien, desde la tribuna, velaba contra los tiranos, y hacía resonar, en la oreja de los ciudadanos, el ruido de las cadenas que de lejos les amenazaban». En esa época dorada de la palabra, los oradores entusiasmaban a los ciudadanos, hasta el punto de pasarse días enteros escuchando sus discursos. Naturalmente esta popularidad de la retórica requiere no sólo un amplio grado de libertad, sino también ocio y bienestar material. Esto, a su vez, exige la existencia de esclavos cuyo trabajo permita el interés de los ciudadanos por la oratoria. Cabría presumir, dice Thomas, que los retores de la Antigüedad fueran una suerte de charlatanes, de vanidosos habladores subyugados por su propia facundia, sin ningún poder real, sino el de entretener a sus oyentes. Pero no era así: «el orador republicano no es un vano disertador encargado de rimar (*cadencer*) palabras; no actúa por el entretenimiento de una sociedad o de un círculo; es un hombre a quien la naturaleza ha otorgado un imperio inevitable; es el defensor de una nación, es un soberano, es un maestro, que hace temblar a los enemigos de su patria».

Pues bien, ¿qué tiene en común la oratoria de la época de Thomas con aquella oratoria republicana? Muy poco, apenas un leve parecido. Y es que: «en la mayoría de las constituciones modernas, el orador no es nada, no puede nada. En las felices monarquías templadas por las leyes, aunque la nación disfruta de la libertad que las leyes le dan, se advierte no obstante que esa libertad no resulta al orador tan favorable como aquella de las repúblicas.[...] la elocuencia no influye para nada en el Estado». El arte de la oratoria, en definitiva, resulta básicamente ineficaz allí donde todo depende de la voluntad de un monarca.

Además, Thomas descubre otras diferencias entre ambas elocuencias. Así, el orador republicano usaba continuamente de la fuerza, de la energía. Por contra, el orador de una monarquía como la de su época «está siempre ocupado de mitigar la suya». Es, por tanto, un orador que se frena, que se modera, que evita ejercer el poder de subyugar las voluntades. De este modo: «una [elocuencia, la republicana] pertenece a la pasión que la domina y reina sobre ella; la otra a las conveniencias de maestros y tiranos (*les*

³² «Entre los antiguos, la libertad republicana permitía más energía en los sentimientos y de franqueza en el lenguaje». Cap. 10, pág. 100.

bienséances pour maîtres et pour tyrans). Una domina a sus iguales por medio de la palabra y, orgullosa de su grandeza, que ella misma construye, corre a colocarse en el lugar que le otorga su talento; la otra, siempre oprimida, siempre rechazada por el rango que le rodea y le acosa, lleva a menudo el peso de un gran sentimiento desplazado». No es únicamente, por tanto, que la libertad para ejercer la palabra esté ausente. Es una diferente forma de ser, una distinta manera de administrar las pasiones. El público de los oradores de la Antigüedad se dejaba entusiasmar por la fuerza de las bellas palabras. Pero el tipo de público que controla los ambientes cultos de la época de Thomas, por el contrario, se muestra mucho más comedido, más racional, más educado y frío («chacun par devoir est élégant, poli et glacé»). En esos salones, a los que el propio Thomas acude tan a menudo, se prefiere un estilo menos enérgico, más cauto, en definitiva, una elocuencia debilitada, desarmada.

En fin, como en las monarquías son los grandes, los ricos y todos aquellos que componen *eso que se llama el mundo*, quienes distribuyen la gloria de las artes y deciden el precio de los talentos; como la mayoría de los hombres de esta clase, por su ociosidad, por sus intrigas, por el cansancio y la necesidad de placeres, por el continuo refinamiento de la sociedad, por el temor de herir el amor propio, todavía más que el orgullo; en fin, por la educación y el deseo de agradar [...] tienen, en general, más sentido (*esprit*) y delicadeza que gusto, pasión y fuerza de carácter; deben continuamente tratar de atenuar y, por así decirlo, de *asesinar el estilo* (*assassiner le style*), la lengua y el espíritu.

«Asesinar el estilo». La declaración resulta, sin duda, sorprendente por su dureza. El mundo, la buena sociedad, constituyen en sí mismos un adversario de la elocuencia apasionada.

En cualquier caso, y centrándose en el tipo de elocuencia de su época, Thomas advierte cómo el género del elogio, las oraciones fúnebres, los panegíricos, etc., están pasando rápidamente de moda. Los gustos van cambiando y las pomposas alabanzas se antojan al nuevo «público» ridículas y aburridas. «Los panegíricos deben, pues, decaer: se leen menos oraciones fúnebres, las dedicatorias se han vuelto raras. Los cumplidos y las arengas [...] se han puesto por sí mismas al rango de cuentos fastidiosos (*fables ennuyeuses*)». De por sí este proceso no le parece negativo a nuestro autor. Hay menos elogios, es cierto, pero éstos son mejores, más justificados y menos exagerados que en el pasado. En definitiva: «se prostituye menos el elogio».

¿A qué se debería la decadencia de los elogios en particular y de elocuencia en general al filo de 1789? De la explicación de Tho-

mas se deducen una pluralidad de causas, no del todo compatibles entre sí. En primer lugar, el estilo rutinario y la exageración. A propósito de Guez de Balzac, por ejemplo, le reprocha haber tomado la exageración por la elocuencia misma. Y añade: «Este fue tanto su error como el de su siglo».

La segunda causa que se desprende del análisis de Thomas ha sido mencionada ya: la naturaleza de la política contemporánea, que priva de todo poder efectivo a la elocuencia política. En este régimen de coşas sólo la elocuencia de silla y de barra pueden desarrollarse y, como hemos visto, si la primera está llena de vicios, la segunda parece inapropiada para redimir la suerte de la oratoria.

En tercer lugar, cabría referirse al «abuso» que se ha hecho de los elogios y los panegíricos. Los autores, afirma Thomas, alababan desmesuradamente a quien les pagara, aunque fueran personajes absolutamente indignos. No ha existido ningún reparo en mentir hipócritamente y ello, a la larga, ha perjudicado decisivamente a la consideración pública de la elocuencia. Por eso, «es hora de respetar la verdad; hace dos mil años que se escribe, dos mil años que se halaga; poetas, oradores, historiadores, todos han sido cómplices de *este crimen*; y hay pocos escritores que no tengan de qué sonrojarse: apenas hay un libro que no contenga mentiras que borrar. Los cuatro siglos de artes, monumentos del genio, son también monumentos de bajeza (*monumens de bassesse*). Que el del quinto que nace sea el de la verdad».

Este punto se relaciona con una cuarta causa que se desprendería del análisis de Thomas y que ya hemos mencionado al hilo de las diferencias entre retórica antigua y moderna. Se trata de la frialdad, de la falta de pasión, de energía, de los oradores modernos. Todavía más, éstos, a menudo, han convertido la elocuencia/retórica en una suerte de saber extremadamente tecnificado, un catálogo de figuras a través del cual se cree poder reproducir las pasiones a voluntad. Así, «queriendo hacer un arte de la elocuencia se ha perjudicado a la misma elocuencia».

algunos hombres han tomado incluso estas fórmulas como elocuencia, siendo sólo una fuente de ridículo. Los malos oradores han desacreditado a los buenos, un poco como los charlatanes han hecho con la medicina y los versificadores con los poetas.

Nadie toma en serio a esos hipócritas que tratan de aparecer como embargados por la emoción. Sólo suscitan la risa y el desprecio. Frente a ellos, el orador verdaderamente elocuente sabe convencer al auditorio, a través de su tono de voz, sus ojos, etc., de que su pasión «es verdadera». Nadie se atreve a dudar, en definitiva, de su sinceridad.

Thomas, por último, vuelve a referirse a la nueva mentalidad que se va extendiendo, atribuyéndole cierta responsabilidad en la decadencia de la elocuencia. Esa nueva forma de pensar, «moderna» y crítica, se halla absolutamente pendiente de las novedades. «Nuestro siglo se ha vuelto generalmente hacia el espíritu de discusión; y éste tipo de espíritu, ocupado continuamente en comparar las ideas, debía perjudicar un poco a la viveza de los sentimientos. Aquello que produjo una vez un gran efecto, hoy no es más que un lugar común». Además, añade, la gente se está volviendo más racional, más fría. Y en ese contexto, la pasión resulta fuera de tono. «Nada más ridículo que que un hombre apasionado en un círculo de hombres fríos».

Así las cosas, se pregunta el autor, ¿será necesario renunciar a la elocuencia? No, responde. Pero sí distinguir con precisión la verdadera de la falsa. La primera tiene dos características esenciales que deberían servir como criterio para componer elogios. Primero, no puede darse sin ideas, esto es, sin tener algo que decir. El hablar por hablar nunca produce buenos resultados. Y segundo, es necesaria «la solidez y la fuerza». «Es el sentimiento quien crea el encanto (*le charme*), que nazca de un sentimiento verdadero y profundo, más que de un falso entusiasmo y un falso calor, que son ridículos a los ojos de todo hombre sensato».

En definitiva, el *Essai* de Thomas muestra, por un lado, el agotamiento de la retórica precedente y la imposibilidad de una renovación mientras la elocuencia de tribuna carezca de capacidad para condicionar el juego político. Además, se desprende de su análisis que la oratoria requiere del concurso de la pasión, de la fuerza y el entusiasmo para resultar convincente y eficaz. Por el contrario, los gustos del público aristocrático de los salones, «el mundo» que dice Thomas, pasaban por un desdén hacia todo apasionamiento. Quien apela a las pasiones aparece a los ojos de este público como un excéntrico, se convierte en objeto de risa. Y a través de ese desprecio, y por repetir su fórmula, *se asesinaba el estilo*.

Thomas no lo preverá, pero ese público exquisito dejará muy pronto paso a otro público, más efusivo, más susceptible de ser seducido por la palabra apasionada. Entonces los oradores podrán mostrarse enérgicos, apelar a la fuerza y el entusiasmo, sin parecer grotescos. El teatro de sus palabras ya no serán los elitistas salones, sino una audiencia a la medida de sus ambiciones: «la opinión nacional». La ciudadanía se hallará pendiente de los retores. La política cortesana, secretista, sucumbirá ante la irrupción de las asambleas, donde, como dicen Furet y Halévi, «la palabra es la reina»³³. Entonces, al menos en apariencia, habrá llegado la era de la elocuencia.

³³ F. Furet y R. Halévi, ob. cit., pág. XLVI.

LA REVOLUCIÓN, ¿ERA DE LA ELOCUENCIA?

Ahora bien; por extraño que pueda parecer, ese reinado de la palabra durante la época revolucionaria no va a redimir a la retórica/elocuencia de los recelos que suscitaba durante el Antiguo Régimen. La ambigüedad que he señalado, lejos de disiparse, se verá, de hecho, acentuada. Porque si bien resulta innegable, por un lado, que el *homme éloquent* cobra una importancia política que antes no podía tener, a la vez, el ejercicio público de la oratoria va a ser objeto de sospechas más pronunciadas y, en consecuencia, estará sometido a presiones todavía más intensas.

En lo que se refiere a la importancia cobrada por el «art de bien parler», diferentes autores, además del propio Thomas, como Rousseau³⁴, Hume³⁵ y Fénélon, habían reflexionado al hilo de la obra de Tácito en torno a las conexiones entre libertad política y elocuencia. En sus *Pensées sur l'éloquence*, por ejemplo, Fénélon señala que en la antigüedad grecorromana existía una «culture pour l'éloquence» que la Francia del XVII no podía compartir.

Entre los griegos todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra. La forma de gobierno, la fortuna, la reputación, la autoridad estaban vinculadas a la persuasión de la multitud: el pueblo estaba encadenado por retores artificiosos y vehementes; la palabra era el gran resorte (*resorte*) en la paz y en la guerra.

Por contra, continúa Fénélon, la palabra carece de todo poder entre nosotros. Las asambleas y parlamentos son meras ceremonias, espectáculos sin ninguna relevancia práctica. En realidad, «todo se decide *en secreto* en los gabinetes de los príncipes o en alguna negociación particular». La política, en definitiva, no es pública y, en tal contexto, el arte de convencer a los auditorios tiene, necesariamente, una trascendencia ínfima: «así nuestra nación no está impulsada a hacer los mismos esfuerzos que los griegos para dominar la palabra. El uso público de la elocuencia está actualmente limitado prácticamente a los predicadores y los abogados». De esta declaración se deduce que únicamente cuando el poder no está en manos de un individuo o una oligarquía, que lo ejercen sin consultar al pueblo, puede desarrollarse una elocuencia política.

³⁴ J. J. Rousseau, «Essai sur l'origine des langues», en *Ouvres complètes*, vol. 5, París, Gallimard, 1995, págs. 428-429.

³⁵ D. Hume, «On Eloquence», en *Essays. Moral, Political and Literary*, Indianapolis, Liberty Classics, 1987, págs. 97-110.

Dicha idea, que hemos visto insinuarse en el *Essai* de Thomas, constituirá un lugar común muy frecuentado también después de 1789. Justamente por eso un Saint-Just podrá afirmar que «el silencio reina alrededor de los tronos». Pero se ajuste o no a la realidad el juicio del orador jacobino, parece indiscutible que la retórica/elocuencia adquiere un protagonismo muy destacado durante la Revolución. Con ella se inauguraría una época en la que la opinión del pueblo se erige en criterio de legitimidad y en la que, además, las discusiones políticas tienen lugar públicamente —lo que, desde luego, no significa «sin mediaciones»—. Convencer a los auditorios, exponer con idoneidad los puntos de vista, mostrar las inconsistencias del adversario, etc., se convierten, *al menos a primera vista*, en operaciones medulares para obtener y conservar el poder.

«Al menos a primera vista», en efecto, porque es cierto que a menudo, la energía de los oradores es respondida de manera muy poco elocuente por los auditorios. Esto sucede cuando el griterío, el abucheo y los insultos sirven de réplica a los argumentos de los oradores, una conducta extraordinariamente habitual, según constatan Furet y Halévi³⁶. En multitud de ocasiones oradores de todos los bandos se ven abrumados por los aullidos de parte de la Cámara o de las galerías. Se diría que en estos instantes críticos la elocuencia, la palabra bella, naufraga impotente ante eso que el abate Maury llamó «el lenguaje del ruido». Las opiniones parecen decididas de antemano, los juicios formados; la expresión de razones y argumentos se diría un mero ritual político, de relevancia nula o muy escasa.

Por el contrario, otras veces, al leer las crónicas de los discursos del período revolucionario se tiene la impresión de que verdaderamente la «palabra es la reina» de la política parlamentaria. A menudo los oradores consiguen invertir el juego de mayorías en la Cámara y ganar debates que, en principio, parecían perdidos. El 14 de junio de 1792, por ejemplo, la Asamblea Legislativa recibe a Dumoriez entre abucheos, pero éste diserta con tanta eficacia que al rato es despedido entre aplausos generales. El discurso pronunciado el 3 de julio de 1792 por Vergniaud produce tal sensación que diputados de derecha e izquierda se abrazan emocionados: por un momento las feroces diferencias de partido se evaporan. Aún mayor parece haber sido el éxito obtenido unos días más tarde, el 7 de julio, por el obispo Lamourette. Tras escuchar sus palabras, de nuevo toda la Asamblea, jacobinos y constitucionales, jura en pie no permitir jamás ninguna mudanza

³⁶ F. Furet y R. Halévi, ob. cit., págs. XXX y sigs.

en la Constitución, ninguna república. Visto desde esta perspectiva, por tanto, el «bien parler» parece dominar por completo el ejercicio de la política. Es más, según Lynn Hunt, el uso de la palabra devendría durante la Revolución un «sustituto del carisma real» y el lenguaje «una cualidad única y mágica»³⁷. Nada tendría de extraño, en este aparente reinado de la elocuencia, el desprestigio de un rey que, al decir de la propia Maria Antonieta, «le arre-dra hablar ante las asambleas».

Parece, en efecto, fuera de toda duda que, pese al contrapunto del «lenguaje del ruido», la Revolución traerá consigo una eclosión de la elocuencia de tribuna³⁸. Los diputados protagonizarán, primero en las Constituyentes, luego en la Legislativa y después en la Convención, largas sesiones en las que se producen verdaderos combates dialécticos. En la de 16 de octubre de 1791, por ejemplo, piden la palabra más de 60 oradores. En la de 15 de noviembre de 1792 el turno de intervinientes es tan largo que Barrère, presidente de la Cámara, tuvo que proponer que, en lugar de pronunciarse cada discurso, se hagan imprimir y se repartan entre los miembros de la Convención. Es verdad que no todos los representantes se distinguirán por el mismo grado de participación en los debates. De hecho, parece haber sido sólo una minoría quien tomaba la palabra, mientras que una inmensa mayoría de representantes se habría limitado a escuchar, murmurar, aplaudir o abuchear. Así, sólo 149 de los 1315 diputados de la Asamblea Constituyente subirán a la tribuna a menudo o muy a menudo. Pero una quincena de ellos (Mirabeau, Sieyès, Barnave, Maury, Robespierre, Fauchet, Vergniaud, Brissot, etc.) deben ser considerados «verdaderos profesionales de la palabra»³⁹.

En muchas ocasiones, el éxito de los discursos pronunciados es tal que la Cámara decidirá su impresión y distribución entre los Departamentos. En muchísimas más se cosecharán «encendidos», «entusiastas», «tempestuosos aplausos». En otras tantas, como hemos visto, la reacción será el murmullo de desaprobación o el

³⁷ L. Hunt, *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, Berkeley, 1984, pág. 20. Citado en Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution*, Cambridge U. P., 1990, pág. 8.

³⁸ Por cierto que esta forma de oratoria, como hemos visto en cierto modo insólita en el Antiguo Régimen, parece haberse basado en gran medida en la elocuencia «de barra», es decir, la jurídica. Es significativo en este sentido que de los 745 miembros de la Asamblea Legislativa, 400 sean abogados. Otros 70 diputados son escritores, lo que, sumado al dato anterior, puede dar idea de la importancia que adquiere el conocimiento de la palabra. Resulta también significativo que el ejército revolucionario fuera tildado entre sus adversarios de «ejército de abogados». Cfr. Laurentie, ob. cit., págs. 416 y sigs.

³⁹ J. Guilhaumou, ob. cit., pág. 179.

abuqueo. Pero, en cualquiera de los casos, se diría que nadie permanece indiferente ante la elocuencia. Más allá de la tribuna, las palabras de los oradores, reproducidas en diversos periódicos y panfletos, son atentamente seguidas por muchos ciudadanos corrientes. Periódicos como *Moniteur* se especializan en la reproducción de los discursos parlamentarios. Consciente del eco del estrado parlamentario, Isnard se propondrá abiertamente «*electrizar a todos los franceses*» con su verbo.

Ahora bien, como he adelantado al comienzo del epígrafe y pese a este aparente «imperio de la palabra», la retórica/elocuencia no va a librarse durante la época revolucionaria de ese estatus equívoco que la había distinguido en el Antiguo Régimen⁴⁰. Al contrario, esa ambigüedad parece de hecho exagerarse, hasta el punto de llegar a poner en entredicho el mismo ejercicio de la actividad política. Puesto que el político actúa principalmente, al menos de cara al público, como un retor, la desconfianza que empañaba éste también alcanzará a aquél.

Como se recordará, la suspicacia hacia la retórica en el Antiguo Régimen partía de la incredulidad respecto a la propiedad del mismo lenguaje. Se cuestionaba que pudiera reflejar la realidad y las ideas sin equívocos, sin prejuicios ni falsedades. Por eso se critica el «*abus des mots*» y se propone una lengua nueva que permita una comunicación transparente, perfecta⁴¹. La Revolución heredará estos recelos, al tiempo que tomará acaso mayor conciencia de la importancia política del lenguaje⁴². Muestras de ello serían el «*Définisseur*» de Morellet, el proyecto de una lengua digna del «*peuple roi*» de «*C. B. homme libre*» y la «*Société des amateurs de la langue française*» de François-Urbain Domergue⁴³.

⁴⁰ Cfr. P. Brasart, *Paroles de la Révolution. Les assemblées parlementaires 1789-1794*, París, Minerve, 1988, págs. 191-196.

⁴¹ Ese ambicioso proyecto de una lengua «transparente», presente cuando menos desde Leibniz hasta el Círculo de Viena, encuentra un paralelo interesante en la utopía de una política también «transparente» a la opinión pública o, dicho de otra manera, un ejercicio del poder que refleje exactamente la voluntad general y termine con las zonas de sombra que genera la representación parlamentaria y la sistematización de las leyes. No es éste el lugar de desarrollar este paralelismo. Quisiera simplemente apuntar aquí esta línea de investigación, sugerida en citas como la siguiente de Robespierre: «Sería preciso, si fuera posible que la Asamblea de los mandatarios deliberase en presencia de todos los franceses. La sede de las sesiones del Cuerpo Legislativo debería ser un edificio fastuoso y majestuoso, con capacidad para doce mil espectadores. Ni la corrupción, ni la intriga, ni la perfidia tendrían el valor de manifestarse a los ojos de tal elevado número de testigos; sólo se consultaría la voluntad general; sólo se escucharía la voz de la razón y del interés público». Robespierre, *La revolución jacobina*, Barcelona, Nexos, 1992, pág. 120.

⁴² M. Baker, ob. cit., pág. 9.

⁴³ Tomo todas las noticias referidas a ambas sociedades de Guilhamou, ob. cit.,

El primer ejemplo se refiere al artículo aparecido el 5 de julio de 1800 en el *Mercur de France* firmado por André de Morellet bajo el título «Le Définisseur». Advirtiendo el poder de las palabras y su capacidad para equivocar a los pueblos, Morellet, propone una definición oficial de cuantos términos puedan provocar equívocos y malentendidos. Porque si, por ejemplo, «el pueblo hubiera entendido correctamente las palabras de libertad y de propiedad, no habría violado esos derechos sagrados». Morellet arguye, en resumidas cuentas, que la falta de precisión del lenguaje natural origina conductas dañinas. Si se acaba con esa ambigüedad, deduce, tales consecuencias nocivas también desaparecerán. Para ello se sugiere una lista de cincuenta términos cuya definición rigurosa contribuiría decisivamente a la existencia y la convivencia armoniosa de la humanidad (entre otros «aristocrate», «démocratie», «égalité», «grandeur nationale», «liberté», «luxe», «monopole», «peuple», «propriété», «vertu», etc.).

La segunda referencia alude a otro artículo aparecido el 14 de noviembre de 1790 en el *Mercur National* bajo la firma de «C. B. Homme libre» y el título «Sur l'influence des mots et le pouvoir de l'usage»⁴⁴. Básicamente, este texto recalca el papel de la lengua como «una de las principales causas de nuestro embrutecimiento y nuestra esclavitud» («notre abruttissement et de notre asservissement»). Para evitar que esto continúe siendo así el autor reclama la necesidad de que la lengua francesa sea objeto de una revolución que la adecúe al cambio político acontecido. Las nuevas ideas han producido nuevas palabras que las nombran, admite, pero esto no resulta suficiente. Es preciso que la lengua sea «pure dans son usage» y deje de representar esas ideas de servidumbre y humillación heredadas del Antiguo Régimen (como sucedía, por ejemplo, a través del uso del término «Monseigneur» o del uso del «vous» como tratamiento de respeto). Se trata, en definitiva, de «purificar» la lengua «con el fuego de la libertad», de hacerla digna «de un pueblo rey». De que esos usos corruptos, engendrados por el feudalismo, desaparezcan con él. «Si nous voulons la liberté, parlons-en le langage».

Todavía más sugerentes resultan los escritos de Domergue en torno a su «Société des amateurs de la langue française» y el *Journal de la langue française*⁴⁵. François-Urbain Domergue era un lin-

págs. 176-190. El texto íntegro del prospecto de la sociedad de Domergue puede encontrarse en la dirección: http://languefrancaise.free.fr/histoire/texte_urbain_domergue_societe.htm

⁴⁴ De nuevo, tomo todas las referencias del texto reproducido por J. Guilhaumou (ob. cit., págs.185-186).

⁴⁵ Como en el caso anterior, tomo todas las siguientes referencias de J. Guilhaumou (ob. cit., págs. 175 y sigs.).

güista de origen provenzal, nacido en 1745 y muerto en 1810. Profesor en diversos colegios de la Congregación de la Doctrina Cristiana, se instala en París hacia 1790, como profesor de gramática del Colegio de las Cuatro Naciones. El primero de enero de 1791 decide retomar la publicación del *Journal de la langue française* interrumpido por los acontecimientos de 1789. Su objetivo es muy parecido al del anterior autor anónimo: puesto que ha llegado el «reino de la libertad», se trata de elevar la lengua «a la altura de la constitución». Asimismo, Domergue critica los vicios y usos del lenguaje del Antiguo Régimen. En una ocasión, por ejemplo, lleva a cabo un minucioso análisis de la carta del rey a la Asamblea Nacional de 14 de septiembre de 1791, deplorando sus equívocos e imprecisiones. Por otro lado, este autor defenderá la necesidad de «una retórica y una poética *razonada*» que se asiente en «la propiedad de las palabras».

Con el fin de acometer tales reformas, el número de 30 de julio de 1791 del *Journal de la langue française* incluyó un prospecto⁴⁶ llamando a fundar «la república de las letras»: una sociedad que pusiera las bases de una «Constitución» del francés. Esta «asamblea legislativa de la lengua», se dice, deberá trabajar «sous les yeux du public» por la perfección del idioma. Más de 150 personalidades se adherirán al proyecto, entre ellas importantes políticos jacobinos como Brissot, Robespierre, Carra, Condorcet, etc. En su primera reunión, el 31 de octubre de 1791, la Sociedad se fija el objetivo de preparar un «diccionario verdaderamente filosófico de nuestro idioma» que se definirá por lo siguiente:

fundado sobre las verdaderas bases del léxico y reposando sobre los eternos principios de cada una de las partes de esta ciencia, presentará para cada palabra una clasificación justa, una ortografía sana, una prosodia exacta, una etimología luminosa, una definición lógica, unos ejemplos adecuados para las diferentes acepciones; observará los procedimientos de una sintaxis razonada, abrirá los tesoros de una sabia neología, desvelará los secretos de la dialéctica, de la poesía, de la elocuencia, no dejará sin tocar, en una palabra, nada que pueda contribuir a la perfección de la lengua, la instrucción y el placer del lector.

Dicho diccionario, continúa el prospecto de Domergue, ayudará decisivamente a regenerar la lengua, es decir, a liberarla de cuantas ataduras mantenga con el habla del Antiguo Régimen,

⁴⁶ El texto íntegro del prospecto de la sociedad de Domergue puede encontrarse en la dirección: http://languefrancaise.free.fr/histoire/texte_urbain_domergue_societe.htm.

adecuándola a «nuestra nueva existencia política». Porque, sin duda, la literatura precedente porta el sello del feudalismo y la tiranía felizmente abolidos. Es necesario ahora que surja una nueva literatura libre de todos aquellos prejuicios, vicios y supersticiones.

Nuestra literatura era una aristocracia opresiva y desalentadora (*décourageante*); tenía su nobleza y su orgullo en las gentes de letras de las capitales, su clero y su intolerancia en los académicos; abolamos los órdenes, fundemos la república de las letras.

Estos proyectos de reforma de la «lengua del feudalismo» en una «lengua de la libertad» encontrarán una interesante réplica en la obra de un controvertido autor de finales del XVIII y principios del XIX: *Du fanatisme dans la langue révolutionnaire*⁴⁷ de Jean-François La Harpe. Nacido en 1739 en París, La Harpe se forma en los círculos ilustrados, entablando amistad, entre otros, con D'Alembert y Voltaire («el mono de Voltaire» se le llegará a llamar). En 1770, publica *Mélanie ou la religieuse*, tragedia muy crítica con la religión católica, que nunca se llegará a representar. Sin embargo, a partir de su polémica entrada en la Academia en 1776, La Harpe parece alejarse de sus antiguos amigos, alineándose con los partidarios de Buffon. Entre 1786 y 1788 da clases de literatura y oratoria en el recién inaugurado Liceo libre de Marbeuf. Fruto de este trabajo será su monumental *Lycée* (1799) formado por 18 volúmenes. Cuando estalla la Revolución, La Harpe toma partido en su favor de manera entusiasta, escribiendo hasta 1793 numerosos artículos en el *Mercur de France*. Sin embargo resulta encarcelado en abril de 1794 por «sospechoso». Al salir de la cárcel, cuatro meses después, se revela como un ardiente defensor del antiguo orden de cosas. Vuelve a dar clase en el Liceo entre 1794 y 1799. Luego marcha al exilio, del que sólo volverá unos meses antes de su muerte en febrero de 1803.

El objeto de *Du fanatisme* es tan audaz como fascinante. Se trata de hacer conocer a los lectores el sentido de la Revolución por medio del examen de su «monstruosa» lengua, «que ha sido su primer instrumento y el más sorprendente de todos». Su «consagración legal» («como un acontecimiento único»), continúa La Harpe, constituye un «escándalo inaudito en el universo», sólo explicable por la venganza divina contra la impiedad humana. La «constitución civil», la «conspiración», la «Vendée», «el pueblo», los

⁴⁷ La Harpe, J. F., *Du fanatisme dans la langue révolutionnaire*, París, chez Migneret, 1797.

«enemigos de la libertad», la «inmortal asamblea», la «memoria implacable». La Harpe analiza la «rhétorique révolutionnaire» en un ensayo que recuerda a menudo aquél de Klemperer sobre la *Lingua Tertii Imperii*⁴⁸. Dicha retórica, afirma, emplea palabras conocidas, «pero siempre en un sentido inverso». Abusa, por tanto, de ellas; confunde y engaña, en lugar de reflejar la realidad de las cosas. Irónicamente, y como le sucederá al propio Klemperer, ni el propio autor se libra de pronunciar, sin ningún viso de desaprobación, expresiones propias de esa lengua que critica: «mauvais citoyen», «ordre publique», «inquisition des tyrans», «crédulité des peuples», «prospérité générale», «opinion publique», etc. Para La Harpe la jerga de esa «secta fanática» que domina Francia desde 1789 sería simplemente risible, si no fuera por la multitud de franceses que han sido asesinados por la Revolución.

A lo largo de su ensayo, La Harpe alude con cierta frecuencia al «charlatanismo banal» y la «hipocresía» de los oradores revolucionarios. Estas acusaciones resultan interesantes porque constituyen un lugar común extraordinariamente frecuente en el nuevo lenguaje de la Revolución. Su omnipresencia muestra hasta qué punto la desconfianza hacia el *homme éloquent*, lejos de disiparse durante esta época, aumenta. Una y otra vez, en efecto, se acusa a los oradores de verborrea, de hablar por hablar. Así, Grouvelle, director del dantoniano «Feuille Villageoise», es, según Roland, un «maestro en frases vacías». Para el girondino Louvet los jacobinos son unos «charlatanes acalorados». También Mercier critica a esos jacobinos que «usan grandes palabrones». En la misma línea Condorcet dice que Robespierre «no conoce otra vocación que la de hablar, y por eso habla incesantemente. Se presenta cuando puede hacer impresión; se retira cuando ocupan la escena comediantes más favorecidos». Según Duquesnoy, Barnave no es sino un «doreur de paroles sans grandes idées».

Otras veces se reprocha a los oradores hablar sin sinceridad, con hipocresía, no en representación de la opinión pública, sino como agentes al servicio de personajes y facciones privados. Marat, por ejemplo, califica a Brissot de «limpiabotas literario de Lafayette» y a Condorcet de «perfecto hipócrita» y «hábil tramador de intrigas». De manera similar, André Chernier, del Club de los *feuillellants*, publica el 26 de febrero de 1792 un manifiesto en el que tilda de «hipócritas» a los jacobinos. También Baillet, al tiempo que censura los «sofismas» del discurso de Manuel, lo acusa de «hipó-

⁴⁸ Víctor Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2001.

crita amigo de la Constitución». Significativamente, el propio rey será con frecuencia señalado como «hipócrita». Y el propio Robespierre, *last but not least*, clamará contra aquella «polilla de la intriga»: cuantos antiguos privilegiados se han puesto la «careta del civismo». Todos, en resumidas cuentas, se echan en cara la acusación de actuar «bajo la máscara del patriotismo», de ocultar sus verdaderas intenciones bajo los ropajes de «amigos del pueblo».

En íntima conexión con estas recriminaciones de hipocresía y vacuidad, oradores de todos los bandos reprochan a sus oponentes haber «seducido», «excitado», «soliviantado», «adormecido», «manipulado», «extraviado» o, simplemente, «mentido» al pueblo, a la Nación y la opinión pública. Así, Dumoriez acusa a sus predecesores en el ministerio de la guerra de haber «engañado a la nación». Por su parte, Isnard llama al discurso de Pastoret «una dosis de opio». Chabot señala a los periodistas como «envenenadores de la opinión pública». Según el antiguo jacobino Delfau, diputado de Dordogne, en el seno de las sociedades populares «algunos alborotadores seducen a la masa», una vez más «bajo la máscara del patriotismo». Resulta de por sí suficientemente significativo que entre los cargos que llevarán a Luis XVI al cadalso se halle el de «seducir al pueblo». El mismo monarca, en una proclama de 22 de junio de 1792, acusa a la muchedumbre que invadió sus aposentos dos días antes de estar «soliviantada por demagogos». No obstante, uno de ellos, Robespierre, teme que «abogados charlatanes» exciten la compasión hacia el rey, porque: «¿Quién es más elocuente, habil, inventivo y astuto que los intrigantes?» El girondino Vergniaud le responderá denunciando públicamente a quienes «por medio de discursos e hipócritas lisonjas, empujan al pueblo a las más extremas enormidades».

Puesto que tales manipulaciones y engaños tienen lugar a través de la palabra, de la elocuencia, la misma recurrencia, la ubicuidad de las acusaciones contra «los charlatanes» contribuirá a incrementar, como he señalado, la suspicacia hacia todo discurso político. La «retorización» de la actividad política, en definitiva, su dependencia respecto al ejercicio de la palabra no va a servir para prestigiar el «art de bien parler», sino para tornar a aquella sospechosa.

La persistencia de la ambigüedad de la retórica/elocuencia durante la Revolución se pone especialmente de relieve si atendemos a sus relaciones con otro concepto complejo y ambiguo⁴⁹ de

⁴⁹ Cfr. K. M. Baker, ob. cit., págs. 167-199. W. Philips Davison y A. Leiseron, «Opinión pública», en D. L. Sills, dir., *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 7., Madrid, Aguilar, 1975, pág. 454.

esta época: la idea de «opinión pública». Como se ha señalado, ésta aparece en ocasiones como una fuerza soberana, primigenia, como una encarnación «formada» de la voluntad general, siempre recta y siempre justa. Constituiría, así, el referente fundamental de todo gobierno legítimo, un sujeto consciente capaz de tomar sus propias decisiones, de juzgar, de determinar en cada momento su propio interés y los medios para lograrlo. Esa opinión pública, además, no se expresaría por lo habitual directamente, sin intermediarios, sino que tendría sus «portavoces»: diputados, escritores, periodistas, etc. Importa subrayar, con todo, que éstos no harán o no deberían hacer uso de la palabra para expresar sus propios puntos de vista, sino estrictamente como emisarios de aquélla. La opinión pública sería la auténtica *fons et origo* de su decir. Como se lee en el acuerdo de la sección parisiense de Mauconseil de 31 de junio de 1792, «las autoridades sólo tienen fuerza por la opinión pública»; «la manifestación de esta opinión es una obligación rigurosa y sagrada de todos los ciudadanos». Todavía más rotundamente se expresará el obispo Fauchet para quien «la voluntad pública es la voz de Dios». Desde esta perspectiva, la asamblea debe limitarse a ser, en palabras del citado Lamourette, «el termómetro de la Nación», un aparato que se ciña estrictamente a reflejar la temperatura de la opinión del pueblo.

Ahora bien, en otras ocasiones la misma opinión pública aparece no como un *sujeto* soberano, racional, formado, sino como un *producto*, esto es, como el resultado de las actuaciones y manipulaciones llevadas a cabo por sus supuestos portavoces, quienes la moldean de acuerdo a sus intereses. En ese caso se «enseña» a la opinión pública, se le «muestra la verdad», se la «orienta», se le «alecciona», como si fuera un infante al que, sin duda, se desea bienintencionadamente conducir a la mayoría de edad, pero que aún no se halla en condiciones de decidir por sí mismo. Por eso, resulta imprescindible protegerla de sus enemigos, de intrigantes, charlatanes y manipuladores, de todos aquellos que, en resumidas cuentas, quieren extraviarla, soliviantarla, desviarla. Como cabía imaginar sus preceptores son aquellos mismos «portavoces» que tenían como misión manifestar la voluntad nacional. Y, así, la corporación legislativa, ese «termómetro de la nación», se convierte imperceptiblemente en la «maestra del pueblo», en expresión de Ramond. Bien es cierto que nadie se reconoce dentro del grupo de los embaucadores. Siempre son los demás, los oponentes políticos, quienes aspiran a pervertir esa ingenua muchacha que es la opinión pública. Un ejemplo: Robespierre atribuye abiertamente a los diputados el «deber» de «orientar» y «fortificar» la opinión pública. Pero, cuando se trata de cargar las tintas contra los girondinos, les recriminar intentar «apoderarse de la opinión pública» y «moldearla

a su gusto». Por un lado, una fuerza soberana; por el otro, un menor de edad que debe ser protegido y aleccionado.

Resulta, en efecto, sumamente interesante constatar cómo en medio de ese mar de seducciones, sofismas y mentiras en que se va convirtiendo la política revolucionaria, el pueblo y la opinión pública, sin dejar de ser adulados como un sujeto racional, soberano, justo, etc., aparecen convertidos cada vez con más frecuencia en una masa manipulable, voluble, caprichosa, infantil, fácil de embaucar. Un día aclama a Dumoriez, otro lo abuchea. Vitorea a Lafayette, o a Orleans, o a Petion, o a Manuel, o a Robespierre, y al poco tiempo los maldice. «Es tal la fragilidad, la frivolidad, la movilidad del carácter del pueblo que, después de haber sido coronado por la mañana, no estaría seguro de ser colgado por la tarde» le recuerda un Marat de ultratumba a un Robespierre recién guillotinado en una ficción de 1794⁵⁰. Otro diputado, Lanjunais, abunda en la idea de la inconstancia de la «opinión pública» al constatar cómo pasa «en un instante del odio a la compasión y de ésta al amor». Un curioso folleto de 1792 debido a Olympe de Gouches y dirigido contra Marat, *Les fantômes de l'opinion publique*⁵¹, comienza precisamente así:

Je considère l'opinion publique comme un enfant gâté: plus on fait pour elle, moins en obtient. Toujours avide de nouveautés, elle disperse impitoyablement les caractères instructifs que vous venez d'arranger sous ses yeux, pour courir follement après le Pantin que l'oisiveté ou la malice agite devant elle.

El tema de la hipocresía de los oradores recuerda no sólo el desprestigio de la retórica/elocuencia que abordamos en páginas precedentes, sino también las sugerentes lecciones que se extraen de la lectura de la *Paradoja del Comediante* (1773) de Diderot⁵². En su «Discours préliminaire» a la *Encyclopédie*, D'Alembert había afirmado que únicamente se podía convencer con eficacia a un auditorio cuando se estaba realmente convencido de lo que se decía. Esto suponía hacer de la sinceridad un útil retórico, a la vez que limitar el recurso a la mentira y el disimulo como armas de persuasión. Ahora bien, en la *Paradoja* mencionada, Diderot viene a demostrar precisamente la tesis contraria. ¿Cuáles son mejores, se pregunta, los actores que sienten los papeles que representan

⁵⁰ *Dialogue entre Marat et Robespierre*, París, 1794.

⁵¹ [Gouches, O. de], *Les fantômes de l'opinion publique*, s. l., s. f. 179-?

⁵² Diderot, *Paradoja del comediante*, Madrid, Mondadori, 1990. Cfr. M. C. Iglesias, *Razón y Sentimiento en el siglo XVIII*, Madrid, R. A. de la Historia, 1999, páginas 318 y sigs.

o, por el contrario, aquéllos que «se agitan sin sentir nada», que repiten el guión de la obra sin comprometerse emocionalmente en la misma? Pues bien, según Diderot, el tipo de comediante que recita «como un sacerdote incrédulo que predicase la Pasión; como un seductor arrodillado ante una mujer que no ama, pero a la que quiere engañar, [...] como una cortesana que nada siente, pero que desfallece entre vuestros brazos» es el único que puede alcanzar la perfección de su arte. La falta de sinceridad, la hipocresía es, por tanto, más eficaz que el compromiso, cuando menos sobre el escenario. ¿La razón? La abundancia y la variedad de actuaciones: quien debe prodigar sus apariciones en público, repetir el mismo guión, el mismo personaje, una y otra vez, o saltar de un papel a otro, difícilmente conseguirá conmoverse en cada ocasión. Moraleja: el actor debe aparcar los sentimientos, declamar maquinalmente, simular fríamente las emociones que su profesión le exige.

En cierta medida el orador y, en general, el hombre público van a ser objeto de una paradoja similar a la del comediante de Diderot. Se le reconoce, es cierto, como «portavoz», como «hierofante» de la opinión pública, se admite que su dominio del «*bien parler*» le concede el rango de maestro del pueblo, de guía de la Nación. Pero, a la vez, su propia condición de retor, de hombre eloquente y hacedor de discursos lo va a marcar como un posible charlatán, un hipócrita que únicamente busca su propio beneficio, o bien como un intrigante al servicio de oscuros intereses. El político, el periodista, el hombre público, se torna así sospechoso de ser un comediante⁵³, una máscara que, ciertamente, protagoniza el escenario político y atrae las miradas del público, pero que, a la vez, suscita una honda desconfianza entre el mismo. No es casual, en este sentido, la abundancia de los «desenmascaramientos» durante el período revolucionario, la repetición de las denuncias que pugnan por revelar al pueblo el verdadero carácter de sus políticos. Los jacobinos desenmascaran a los *feuillants* como agentes realistas. Luego a los girondinos como mercenarios al servicio de las potencias extranjeras. Más tarde ellos mismos serán desenmascarados como «agentes contrarrevolucionarios»⁵⁴.

Más allá de un mero síntoma de la fragilidad del nuevo régimen, vidas muy poco ejemplares ofrecen itinerarios sorprenden-

⁵³ La Harpe, ob. cit., pág. 42. También Thomas habría calificado a los panegiristas de «vains acteurs».

⁵⁴ En torno a la inusitada extensión del término «contrarrevolucionario» véase Martin, J. C., *Contre-révolution, révolution et nation en France: 1789-1799*, Paris, Seuil, 1998, págs. 299-308.

tes, que contribuyen a incrementar la desconfianza hacia los «portavoces» de la opinión pública. Dumoriez, el victorioso general de Jemappes, termina pasándose a las filas austríacas. Otro tanto hace Lafayette, el héroe de la independencia americana. Camon, miembro del Comité de Salud Pública, traiciona a Robespierre. Mirabeau, tan adorado por la opinión pública tras su muerte, se revela póstumamente tras el hallazgo de los papeles del «armario de hierro» un confabulado con el rey. Danton recibe dinero de oscuras fuentes y Roland, cuya destitución provoca los sucesos de junio de 1792, termina siendo declarado fuera de la ley por sus complicidades contrarrevolucionarias. Un ejemplo más: Manuel, el fervoroso republicano, vota contra la muerte del rey, por la apelación y es finalmente guillotinado por realista.

Así las cosas, denunciar, revelar a la opinión general el verdadero ser de los hombres públicos se convierte en un lugar común de la retórica revolucionaria. Diversos periódicos toman esta revelación como *leit-motiv* en sus propios nombres: *Le dénonciateur patriote*, *Le Censeur patriote*, *Le Furet parisien*, etc. También Marat considera como una labor fundamental desvelar la auténtica faz de cada hombre público: «Todo administrador gubernamental, todo depositario de la autoridad, sospechoso de corrupción, debe ser desenmascarado; la puerta debe por tanto estar abierta a las delaciones». La obsesión por la sinceridad y la hipocresía deriva en una verdadera paranoia. Todo el mundo resulta sospechoso, todo el mundo puede ser un traidor, un vendido a sueldo de turbios intereses. El temor a un complot protagonizará la vida y el discurso políticos de la Revolución. Se ha dicho en alguna ocasión que los abogados toman el poder en 1789 pero, durante una época, quienes parecen dominar el espacio público son los fiscales. La misma Revolución que apelaba al concepto de opinión pública como una petición en favor de la divulgación de la política, en contra de la toma de decisiones en la sombra, el gabinete y el pasillo, termina percibiendo penumbras y oscuridades por doquier. Merced a la mencionada «retorización» de la política, ésta, en definitiva, se torna intrínsecamente sospechosa.

LA MORT SANS PHRASE. EL ENTUSIASMO Y EL CADALSO

Si, como señalábamos al inicio de estas páginas, es difícil emitir un juicio acerca de la desaparición de la retórica en torno a los siglos XVIII y XIX, igualmente complejo resulta responder a la pregunta de si efectivamente existe un lenguaje o, incluso, una retórica específicamente revolucionarios. 1789 trae consigo nuevas acepciones, nuevos términos, pero ¿permite esto hablar de «un lenguaje político inédito», como sugieren Furet y Halévi? Si, como

se desprende del estudio del propio Furet y Richet⁵⁵, hay muchas revoluciones dentro de «la Revolución», ¿no habrá que hablar también de más de una lengua y, en consecuencia, de una pluralidad de retóricas? Porque, no hay duda de que Fauchet, cuya elocuencia mantiene tantas deudas con los grandes predicadores del Antiguo Régimen, no habla igual que Hébert, como tampoco Brissot lo hace como Roland, ni Marat como Robespierre o Barnave como Mirabeau. Y, dado que entre los adversarios de la Revolución tampoco La Harpe, Maury, Maistre o Cazalés hablan la misma lengua, ¿no habría que referirse a diferentes contrarrevoluciones dentro de «la Contrarrevolución»? En último extremo cabe preguntarse qué es lo que cambia: ¿la lengua, el estilo, la *elocutio*, las ideas, los tropos?

Es cierto que, aunque sea difícil afirmar la existencia de una lengua o una retórica revolucionarias, hay, en la multitud de discursos que se pronuncian desde 1789, ciertos términos, expresiones y recursos comunes a muchos oradores. Por ejemplo, el abundante empleo de metáforas religiosas («templo de las leyes», «profanar», «blasfemar», «sacerdocio político», etc.), el uso de modelos clásicos (Tarquino, César, Bruto, Catilina), la abundancia de prosopopeyas («la Nación», «la república», «el pueblo» etc., «demanda», «exige», «llora»), etc.

Entre todos estos recursos bastante generalizados interesa destacar ahora dos, en la medida en que conectan directamente con el problema de la desconfianza hacia los retores: el entusiasmo y la apelación a la muerte. Por medio de ellos los oradores van a intentar disipar los celos que se ciernen acerca de sus intenciones y hacer incuestionable su sinceridad.

El tribuno republicano, en efecto, va a recurrir como prueba de su sinceridad al entusiasmo, al sentimiento, a las pasiones, a esa «fuerza» y esa «energía» que, como hemos visto, habían caracterizado, según los tratadistas del xviii, la verdadera elocuencia. Existen multitud de ejemplos en los que la efusión y el sentimentalismo comparecen en los discursos del período revolucionario. Dejarse arrastrar por la pasión, sentirse embargado por el patriotismo, expresarse con energía, constituyen expresiones extraordinariamente frecuentes, comunes a oradores muy diferentes entre sí, tanto en estilos como en ideas⁵⁶. Vergniaud, por ejemplo, uno de los diputados más impetuosos, habla de «ese fuego sagrado que arde en mi corazón tan vivamente», de «consumar» la revolu-

⁵⁵ F. Furet y D. Richet, *La Révolution française*, París, 1986.

⁵⁶ Cfr. P. Brasart, ob. cit., págs. 169 y sigs.

ción por «el amor». El no menos fogoso Danton, que se autoproclama «ardiente defensor» del pueblo, siente «estremecerse todo su ser» al hablar. Incluso el frío Robespierre llama a «excitar» «las pasiones del corazón humano hacia el interés público». También Maury, el mejor orador entre los defensores del Antiguo Régimen, habla con fervor, aunque sus apologetas hayan contrapuesto su ordenada medida al apasionamiento de Mirabeau. Él mismo confiesa: «Sólo el fuego y el ardor de la lucha nos pueden hacer elocuentes». Otro tanto sucede con Cazalés, otro de los defensores de la monarquía, fogoso improvisador. Pero también el gran adversario de ambos en la Legislativa, Mirabeau, apelará una y otra vez al «ardor» como prueba de su franqueza.

Ahora bien. Ese recurso al entusiasmo no deja de ser una prueba insuficiente. Porque, a causa precisamente de la reiteración con que se emplea, termina resultando un lugar común monótono y, por lo mismo, poco eficiente. ¿No había observado Thomas que la nueva sensibilidad que afloraba gustaba de las novedades? También Diderot, en su *Paradoja*, había distinguido en la rutina de las repeticiones la «bestia negra» de los comediantes. Además, como hemos visto, y comprendió el lingüista Lomonosow en su *Retórica general* de 1748, también la «exaltación» constituye una figura más, al alcance de cualquier orador. Así, y pese a D'Alembert, parece obvio que el entusiasmo y la energía no pueden constituir verdaderas pruebas en favor de la sinceridad de lo dicho.

Por eso cuando el apasionamiento ya no sirve como suficiente indicio de veracidad es preciso recurrir a otra instancia: la muerte. El recurso a la parca, en efecto, puede escucharse en multitud de discursos revolucionarios. Se proclama estar dispuesto a morir antes que transigir con aquello que se rechaza, desear la muerte en bien de la patria, perecer antes que renunciar a la libertad o que se viole la ley. Thuriot, por ejemplo, en su discurso del 17 de agosto de 1792 se dice preparado para «clavarse un puñal en el corazón». También Danton está «resuelto a morir antes que ser causante de un desgarramiento de la República». Roland, Santeurre, Guadet, Vergniaud, Petion, Lanjuinais, Barrère, y un largo etcétera repiten ofrecimientos similares. A instancias de Robespierre los jacobinos declaran el 4 de diciembre de 1792 «estar dispuestos a morir en la tribuna [antes] que dejarnos retirar la palabra». En ocasiones algún orador va incluso más allá del ofrecimiento verbal y realiza un gesto donde se pone de manifiesto su desprecio por la vida y la sinceridad de sus palabras. Es Marat quien, en la sesión de 25 de septiembre de 1792 y como prueba de «la pureza» de sus intenciones, saca una pistola y la pone sobre su cabeza. «Si la resolución de acusarme hubiera ido adelante, yo me habría metido una bala en la cabeza aquí en la tribuna».

Apelar a aquélla ante cuya presencia no cabe continuar fingiendo, aquélla ante quien todos quedan desenmascarados. Esa «hora de la verdad» en la que no es posible seguir hablando, en la que, aparentemente, el propio «*bien parler*» perdería todo sentido. Pero sólo *aparentemente*, digo, porque cabe presumir que esa misma invocación constituye un artificio retórico, un isocolón cuyo objetivo sería precisamente acallar las sospechas y, muy especialmente, toda acusación de hipocresía.

Poner la propia vida en prenda como fianza de la veracidad de lo dicho. Sin duda, un argumento de peso a la hora de desterrar las generalizadas denuncias de traición y seducción de la opinión pública. Pero, como respondiendo a la llamada que se le ha hecho, la muerte hará efectivamente acto de presencia en la política revolucionaria, en este reinado de la elocuencia. Centenares de retores, periodistas, escritores, etc., de portavoces de la voluntad general serán enviados a la guillotina, acusados de mentir, de engañar, de seducir hipócritamente al pueblo. Es el Terror, la violencia «reinstalada» por la Revolución tras decenios de arrinconamiento⁵⁷. Vergniaud, Manuel, Saint-Just, Brissot, Robespierre, Cloots, Chaumette, Fabre d'Églantine, Guader, Barnave, Danton, Carra, Desmoulins, Fauchet, Barbaroux, etc., terminan sus días en el caldoso. Los enviarán allí otros oradores, otros emisarios de la Nación, forzados a elegir entre ser víctimas o ser verdugos.

Ante la muerte la elocuencia sólo puede expresarse en fases breves, efectistas, en esos discursos que se pronuncian sobre el patíbulo o en los tribunales. También a la hora de condenar a muerte es preciso no ser excesivamente prólijo. Llega un momento, en efecto, en que la palabra sobra, en que la retórica se ve desbordada por el horror de la muerte. Hay una anécdota, repetida en muchas historias de la Revolución, que, si fuera cierta, expresaría atinadamente este verdadero agotamiento de la retórica/elocuencia en el período revolucionario. En la sesión de 16-17 de enero de 1793 la Convención vota la condena de Luis XVI. En lugar de enunciar escuetamente su veredicto muchos diputados ceden a la tentación de pronunciar un exordio en torno al mismo, a veces una frase efectista, como Lakanal que, poniéndose la mano sobre el pecho, declara: «Las razones de mi resolución están aquí: Voto por la muerte». Pues bien, cuando le toca el turno a Siéyès, éste, como cansado de tanta palabrería, habría pedido simplemente «la mort sans phrase».

⁵⁷ R. Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995, pág. 215.

RESUMEN

Al hilo de la supuesta decadencia de la retórica durante los siglos XVIII y XIX, el autor explora las ambigüedades del concepto de opinión pública en torno a la Revolución. En concreto, se intenta mostrar cómo el menosprecio de la retórica, tan habitual durante la crisis del Antiguo Régimen, habría derivado tras 1789 en una profunda desconfianza hacia quienes, por medio de la palabra, actuaban como portavoces de la opinión pública. La sistemática apelación a los sentimientos y la «sencilla elocuencia» como prueba de sinceridad no habría conseguido despejar tales dudas respecto a estos nuevos retores, como tampoco evitar el consecuente desprestigio de la política.

ABSTRACT

About the decadence of the rethoric along 18th and 19th centuries, the author explores the ambiguities of the concept of public opinion with reference to the «Revolution». Actually, he tries to show how the disregard of the rethoric, so accustomed during the Old Regimen crisis, would have derived after 1789 in a deep distrust towards those who, by means of word, acted as spokes-men of the public opinion. The systematic appeal to sentiment and «simple eloquency» as a proof of sincerity would have succeeded neither in removing such doubts in respect to these new rethors, nor in preventing the consequent loss of prestige of politics.

Iñaki Iriarte López (Pamplona, 1971) es doctor en sociología y profesor asociado de Historia del pensamiento político en la Universidad del País Vasco. Ha escrito los libros *Tramas de identidad* (Biblioteca Nueva, 2000) e *Historia del navarrismo* (junto a A. García-Sanz y F. Mikelarena, UPNA, 2002).